

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 " " " " " 1 pta. " "	
100 " " " " " 5 " " "	
500 " " " " " 25 " " "	
1000 " " " " " 50 " " "	

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

Frailes, monjas... y diablos

Mientras los odiados frailes tenían influencia en la ciudad de Nila, el Carnaval, con sus desordenes y escándalos, era del todo desconocido; mas apenas la libertad abrió la puerta a toda clase de *libertinaje*, lo primero que presenciaron los ya *libres* ciudadanos de Nila fué un Carnaval monstruo. ¡Ya lo creo que era monstruo, verdaderamente monstruosos! Por ocho días las autoridades hicieron la vista gorda, y a todos los habitantes se les permitió el entregarse con entera libertad, protegidos por la careta y el antifaz, a los excesos de las antiguas bacanales. La alegría era extraordinaria. Los habitantes de las poblaciones pequeñas habían venido a gastar sus ahorros en las grandes fiestas de la capital, engrosando así las filas de faunos, sátiros y bacantes que corrían desbandados por la población.

No es nuestro intento hacer descripciones dignas de las columnas de cualquier diario *amarillo*, y así, dejamos al lector que supla lo que falta, concibiendo las escenas de que sería teatro la población de Nila al entregarse por vez primera con libertad inusitada a toda clase de excesos, cuyo límite estaba señalado por este único precepto: *No matarás*; porque fuera de esto, todo se había *tolerado*.

Si los escándalos eran muy grandes de parte de la mayoría, eran aún mayores, mucho mayores, lo de los *frailes* y las *monjas*. Y no se crea que esto es ironía, no; entera verdad. Las *máscaras con vestidos de frailes y monjas*, eran los que, sin duda, cometieron mayores infamias en aquellos días; por lo que verá el lector que no exageraba al decir que los *frailes y las monjas eran los más desvergonzados*.

No puede comprenderse la impresión que dejaron en el ánimo de muchos los excesos cometidos por los que se habían disfrazado de esa suerte; el escándalo fué colosal.

Al año siguiente se esperaban aún mayores excesos, y sin duda se hubieran cometido si una magnífica ocurrencia de *cierto fraile* no hubiese cortado por completo las alas a *frailes y monjas* fingidos, dejándolos con pocas ganas de disfrazarse de nuevo con semejante traje.

* *

Quienquiera que hubiese asistido a la plática que el P. Antonio hacía a los congregantes de la Santísima Virgen, en la ciudad de Nila, hubiera creído que el buen Padre había perdido el seso. El Carnaval, como hemos dicho, había dado resultado tan escandaloso, que aun personas poco escrupulosas veían con miedo acercarse aquella fiesta. Y sin embargo, el P. Antonio estaba animando a sus numerosos congregantes a *disfrazarse* y tomar parte, no sólo en las correrías callejeras, sino en el famoso baile de máscaras, donde el *libertinaje* llegaba al colmo.

«Necesito, les decía, que todos sin excepción, desde dieciocho años en adelante, se disfracen y comiencen desde ahora a preparar sus trajes. Pero como no me conviene que cada uno se haga el traje por separado, quiero que todos vayan a casa del sastre Domínguez, y que él les haga el disfraz según el modelo que ya tiene. Vamos a formar nuestras comparsas, y habrá graduación, de suerte que cada grupo tenga su superior y todos obedezcan a un jefe supremo que dirigirá toda la fiesta. Quiero que se diviertan mucho; y si ustedes siguen mis instrucciones, se divertirán a más no poder. Conque a comprar el traje, y venid la víspera del primer día de Carnaval a recibir mis instrucciones.

El efecto que produjo la noticia de que los congregantes iban a disfrazarse de máscaras en el próximo Carnaval causó escándalo a muchas personas; y si el P. Antonio no hubiese tenido la autoridad que tenía, cierto que la mayor parte de los congregantes habría faltado, por no haber permitido

a éstos sus padres tomar parte en la fiesta. Mas el P. Antonio lo había dispuesto, y muchos, contrariando su propio parecer, tuvieron que dar a sus hijos el permiso y el dinero para el vestido.

* *

«Aquello era un verdadero infierno, decía una *monja*. ¿No perciben ustedes que huelo a azufre?»—«¿Qué azufre ni qué demonios! dijo un *fraile* recién llegado; eso era lo que menos, que si no ando listo me prenden fuego».—«Déjese de fuego, añadió otro *fraile* fugitivo; ¡los palos que me han dado! ¡me han molido las costillas!»—«A mí, gritó una *monja*, me han roto las narices de un *colazo*.—«Y a mí, de una cornada, repuso otro *fraile*, me han sumido otra costilla».—«Y lo peor es que no se les puede reclamar; y si se les hace frente se vienen encima como una jauría de perros», gritó furioso otro *fraile*.—«Debían respetar a uno, siquiera por ser mujer», añadió una, vestida de *Capuchino*.—«Pero, ¿cómo la habían de conocer?», replicó algún otro.—«Me arrancaron las barbas, y al ver que yo era mujer, me dieron de palos con más encono».—«Lo peor es que el Gobernador no quiere hacer caso, pues dice, riéndose, que él nada tiene que hacer con los demonios, y que el que no quiera ver visiones que no ande de noche».

El P. Antonio había triunfado, y a las pocas horas no se veía ni un *fraile* ni una *monja* en la ciudad de Nila, pues se habían retirado todos a sus casas. Y como aquella vez los *frailes* y las *monjas* eran muy numerosos, resultó que el Carnaval se deshizo casi por completo.

Y ¿qué es lo que había pasado?

«¡No es el demonio, señores, había dicho el P. Antonio, el enemigo capital de frailes y monjas? Pues bien, ya que tantos se disfrazan de *frailes y monjas*, ustedes se disfrazarán de *diablos*, y formando grupos de doce en doce, atacarán por la calle a cuantos *frailes* o *monjas* encuentren, puesto que los diablos odian a los frailes

y monjas. Y como el diablo huele a azufre, llevarán un pomo de sulfuro de carbono diluido, para rociar con él a las monjas. Como el diablo echa chispas, otros llevarán cohetes, y a las monjas les echarán buscapiés, con lo cual el juego será muy divertido.»

Y después de estas y otras instrucciones y de darles la bendición, mandó el buen P. Antonio más de veinte docenas de diablos con cuernos y cola, que, echando chispas, apesando a azufre y con grandes tridentes en la mano, acometían con brío a cuanto fraile o monja enmascarada encontraban. De lo que resultó, como hemos dicho, que habiendo sido muy numerosos ese año los disfraces de frailes y monjas, bien pronto quedaron las calles limpias de gentuza; y por la noche, sabiendo que al teatro habían ido más de doscientos demonios, no hubo ni un solo fraile o monja que se atreviese a presentarse con semejante disfraz.

Varios desperfectos causaron los demonios con sus tridentes y no pocos sacaron algunas quemaduras causadas por los cohetes. A las monjas, lo que más horrorizaba era el sulfuro de carbono, pues los imprudentes diablos—¿quién va a pedir prudencia al diablo?—se complacían en bañar con la hedionda substancia a cuanta monja encontraban a su alcance.

Así fué como, al grito subversivo de *Abajo los frailes y las monjas*, pronunciado por más de doscientos demonios bien organizados, lograron los jóvenes congregantes de Nuestra Señora evitar los escándalos que, más que en años anteriores, hubieran causado aquellos que, disfrazados de frailes y monjas, estaban dispuestos a cometer toda clase de iniquidades, deshonorando el hábito religioso que en otros tiempos había sido allí mismo tan respetado y que siempre ha sido símbolo de las virtudes evangélicas. Y el P. Antonio, por su parte, haciendo que los diablos se metiesen a predicadores, evitó los escándalos, y fué causa de que toda la ciudad riese de buena gana y entendiese aquel ejemplo dado por los edificantes jóvenes de las Congregaciones Marianas.

CARLOS M. DE HEREDIA, S. J.

En los campos de batalla

Escenas edificantes

Con ser la guerra la mayor de las calamidades humanas, conviértese a menudo, por disposición sapientísima de la Providencia, en medio eficazísimo para la regeneración de un pueblo.

Hay daños en la guerra que no se reparan jamás; las injusticias, las violencias que se cometen en las guerras quedan ordinariamente sin castigo, y acaso proporcionan recompensas; las vidas segadas en flor en los campos de batalla no retoñan jamás; los daños de las devastaciones sólo se resarcan lentamente y a costa de grandes sacrificios. En cambio esa misma guerra, azote implacable

que arrebató a los hombres la paz, la seguridad y aun la misma vida, les restituye frecuentemente un tesoro que habían malogrado durante el tiempo de la prosperidad: el tesoro de las creencias y sentimientos cristianos.

Lo estamos viendo y palpando desde que empezó la guerra: en todas partes se observa un hermoso resurgimiento de la religiosidad popular: las conciencias dormidas sienten despertar la fe amortiguada; las conversiones se multiplican en los campos de batalla.

De la Francia creyente

Por lo que toca a Francia, hallamos numerosos y elocuentes testimonios de ese despertar del sentimiento católico en la Prensa de dicha nación; pero nos place ofrecer a nuestros lectores a modo de ramillete los siguientes casos que vemos consignados en la «Semaine Catholique» de Tolosa, por ver en ella mayores garantías de autenticidad.

Empecemos por aducir el testimonio de los capellanes y sacerdotes que prestan sus servicios en el ejército.

El abate Verchot, capellán de la diócesis de Vesancon, escribía hace algún tiempo: «A mi alrededor sólo he observado simpatía y respeto por parte de los oficiales y soldados, y por parte de los heridos, reconocimiento y confianza sin límites. Frecuentemente he podido oír frases conmovedoras. Un soldado de infantería de la Bresse, que estaba afiliado a una sociedad de librepensadores y firmado compromiso para hacerse enterrar civilmente, me rogó escribiera a su familia «que renegaba de las ideas de su juventud, y experimentaba una grandísima alegría de morir por la patria después de haberse reconciliado con Dios»; después pide un abrazo al capellán; le dicta una última carta para su familia, y le da efusivamente las gracias. Otro padre de familia, reservista del 42.º, escribía con mano temblorosa: «Yo muero por mi patria; abrazad por mí a mis hijos; muero como cristiano; mi buen Señor me ha perdonado y me llevará al Cielo.»

Ultimos momentos de un maestro laico

Un sacerdote del cantón de Nangis (Sena y Marne) escribía de este modo:

«Nuestros enfermos acuden aquí constantemente. Ayer murió un joven maestro de París. No sabía ni una oración siquiera. Se ha preparado bien y piadosamente, para emprender el viaje a la eternidad. Antes de morir ha confesado y comulgado. Al hacer los últimos encargos insistió, sobre todo, en recomendar a su esposa que educara cristianamente a sus hijos.»

Conversiones maravillosas

He aquí algunos casos entre mil:

Un piadoso soldado escribía al director de la *Semana Católica* de Blois: «¡Cuántas veces los seminaristas y yo hemos visto con emoción a nuestros camaradas apiñarse en torno nuestro! ¡Oh, cuánto hubiera deseado en tales momentos ser sacerdote!»

Un sargento seminarista que había sido herido le refirió las discusiones mantenidas durante la campaña acerca de religión con un compañero incrédulo y anarquista, sin poderle convencer. Sin duda, andaba el infeliz preocupado con la idea de la existencia de Dios; un día, sobre el campo de batalla y estando el fuego con el enemigo, el seminarista oyó que le llamaba el compañero, que, herido por un obús, le decía con acento persuasivo: «Sí, tienes razón: Dios existe.»

Un artillero escribió:

«La guerra ha tenido para mí un buen resultado, porque ha hecho de mí un católico «creyente» y he aprendido a rezar mañana y tarde, en el primer momento libre, un *Padre nuestro* y *Ave María*; luego, cuando es mayor el peligro y el fuego más terrible, me recojo unos instantes en mi interior, rezo y me encuentro más valiente. Jamás hubiera creído que la oración pudiera comunicar tanto valor al hombre.»

Ponemos a continuación el extracto de una carta escrita por un maestro laico a su pá-

rruco, con el que seis meses atrás luchaba como enemigo encarnizado e implacable.

«Hago voto, si hallo a los de mi familia como los dejé: 1.º, de no faltar jamás a misa los domingos; 2.º, de suspender, como ex voto, ora un gran crucifijo en mi casa en lugar preferente, ora una placa en la iglesia de L.» Y luego añade: «El dolor es necesario: sólo él nos obliga a volver sobre nosotros mismos, a acercarnos al Todopoderoso, a hacer una limpieza a fondo de nuestra alma. ¡Si me hubiera visto en la catedral el 27 de Octubre, con mi vela en la mano, acompañando en la procesión al Sr. Obispo...!»

Y téngase en cuenta que antes de empezar la guerra este individuo era un ateo empedernido!

Otro joven incrédulo, cuyo único mérito era el *tolerar* que su esposa se dedicara a sus prácticas religiosas, fué herido en un combate y transportado al hospital. Fué a visitar su esposa, y ¡cuál no fué la alegría que ésta experimentó al oírle contar la visita que al principio de la campaña hizo en compañía de unos treinta soldados a un santuario para encomendarse a Dios! Y según él confesaba, esta piadosa peregrinación le había salvado de la muerte.

Por fin pronunció estas palabras que llenaron de tranquilidad el corazón de su buena esposa:

«Mira; la guerra le hace a uno reflexionar, y ya veo muchas cosas de un modo muy diferente de cómo las veía antes...»

¡Hasta los garibaldinos!

Léase ahora este párrafo escrito por uno de los *garibaldinos* que pelean al servicio de Francia, y que envió a *Il Presente*, que es periódico socialista, comunicando sus impresiones sobre una misa de campaña:

«El espectáculo de estos 2.000 italianos, que en un país extranjero, al aire libre, descubierta la cabeza, bajo la lluvia, asisten a misa, que era acaso para muchos de ellos la última, era verdaderamente conmovedor. Puede uno tener el alma todo lo corrompida y escéptica que se pueda imaginar; lo que es imposible es asistir con corazón indiferente a tal espectáculo; casi todos tenían lágrimas en los ojos.»

La misa por los difuntos

La siguiente relación es de un soldado que escribe a su anciana madre. Es tierna y sublime en su misma sencillez:

«Esta mañana, en nuestro modesto abrigo, hemos tenido misa cantada por los muertos, haciendo de ministros dos subtenientes, el uno de los nuestros y el otro de los cazadores alpinos.»

En las primeras filas de la asistencia estaban dos generales y su Estado mayor, y detrás agrupados todos los oficiales y casi todos los soldados de los regimientos que estaban en este lugar. Se podía observar que otro de los generales (cuyo nombre callaré) y que es conocido como francmasón, se ocultaba disimuladamente detrás de un árbol. La ceremonia fué emocionante, y en el momento de la Absolución dada delante del catafalco improvisado recubierto con las banderas del regimiento, aquel general—pudimos notarlo—derramaba furtivamente algunas lágrimas, mientras lloraban también la mayor parte de los oficiales y soldados presentes. La alocución del capellán fué, como se comprende, la gota de agua que hizo derramarse el vaso. Las cortas palabras, sentidas y patrióticas que pronunció, fueron escuchadas con una atención y emoción profundas, como atestiguaba el rostro de los presentes.

Luego se dió a las tropas la bendición con el Santísimo, rindiendo honores un piquete de soldados con bayoneta calada, como al tiempo de la Elevación...

Pero todo esto es nada en comparación del milagro que presenciamos... El general que se había ocultado durante la ceremonia y que había en vano tratado de ocultar las lágrimas, se dirigió al capellán y le pidió que le oyera en confesión...

He ahí una victoria de la jornada... y

¡Quién sabe cuántas como ésta se habrán obtenido en este día y en todo el frente de nuestro ejército!

¡Qué mérito el de estos valientes capellanes y seminaristas que están con nosotros, y que bien saben cumplir su deber!

El sacerdote que oficiaba, y que suele hacerlo casi cada día, tiene el grado de capitán, y da gusto ver cómo brillan sobre su negra sotana sus tres galones dorados y la medalla militar, junto a las medallas de Marruecos e Indochina. Dicen que le han propuesto para la Legión de honor. He aquí, madre mía querida, la ceremonia a que he asistido hoy, y no puedes figurarte la fuerza y energía que nos comunican estas funciones...

Como puede colegir el lector de estos casos y otros innumerables que podrían citarse, son muchos los que deberán confesar que en esta guerra despiadada hallaron el camino de su salvación.

LEOCADIO LORENZO, C. M. F.

Diálogo cogido al paso

Entre un modesto empleado y un hijo de muy modesta familia.

—¿Sacaste las entradas para el baile?

—Sí; me llevo gastadas 78 ptas.

—Pero ya sabes que hace falta más dinero para quedar *dignamente* esas noches.

—Hombre, claro, lo menos, lo menos cincuenta duros.

—Y no excediéndose.

—Por supuesto...

Con tales esplendideces se comprenden ciertas *malversaciones* y apuros...

Y no decimos más.

La estatua de Ferrer en Bruselas

Una noticia gratisima para los buenos españoles, es decir, para todos los amantes de las legítimas tradiciones patrias del orden social y de nuestro ejército, ha transmitido el hilo telefónico: la orden dada por las autoridades alemanas de Bruselas para que sea retirada la estatua erigida en aquella capital por los elementos belgas y con autorización del Gobierno belga, al anarquista español Francisco Ferrer Guardia, justisimamente ejecutado en Montjuich por sentencia de un tribunal militar.

A nosotros nos complace y regocija extraordinariamente la noticia, porque al fin con *pretexto o sin pretexto* se nos hace justicia y se vindica nuestro honor patrio, cosa que no había hecho espontáneamente el Gobierno belga ni lo había logrado ningún Gobierno español por la vía diplomática ni por ningún otro camino.

Y conste que no ha quedado por que no lo hayamos pedido, pues, como recordarán nuestros lectores, el año anterior se dirigieron desde todas las provincias españolas millares y millares de tarjetas postales al Gobierno belga, solicitando de él en nombre de nuestro patriotismo y de las buenas relaciones de amistad entre España y Bélgica, que hiciera desaparecer ese monumento, que constituía para España un insulto y para el mismo pueblo belga un padrón de ignominia.

No es, pues, ni al Gobierno belga ni al Gobierno español a quienes debemos gratitud y reconocimiento por esta obra de justicia, que halaga nuestra dignidad y nuestro patriotismo, sino a Alemania.

SERPENTINAS

¡Qué irán a hacer, Jesús mío debajo de una careta, los que se atreven a tanto con la cara descubierta!

Bajo un antifaz se mueren la vergüenza y el pudor, como se mueren las flores cuando se les niega el sol.

—¿No me conoces?— chillaba una máscara en el baile.

—No— contesté— más de fijo que no serás ningún ángel.

Disfrazada como estás acércate a un crucifijo, Y verás cómo el primero que no te conoce es Cristo.

¡Cuántos girones de trajes han quedado en el salón!... Y ¡cuántos girones de horas, que es muchísimo peor!

—No porque una se disfrace se la ha de tener por mala.

—No; pero si usted muriese después de un baile de máscaras...

Después del baile te quitas de la cara el antifaz, cuando debieras entonces empezártela a tapar.

LUIS HERRERA, S. J.

SECCIÓN AGRICOLA

Los latifundios y la cooperación

En las comarcas de España, donde la población rural pasa por mayores apremios económicos y se vé precisada a emigrar, la cooperación puede realizar el milagro de abrir anchos cauces a la prosperidad agrícola extirpando de raíz las causas de tanta miseria.

Los grandes *latifundios* de Andalucía y Extremadura pueden entregarse a las cooperativas de producción agrícola para que los cultiven en común, abonando a los dueños de los terrenos su importe en las anualidades que se estipulen.

Es triste, muy triste que millares de familias emigren a América a cultivar el suelo cuando en los pueblos donde estos desgraciados viven hay miles de hectáreas dedicadas a pastos, que roturadas por labradores expertos serían un rico filón de producción agrícola.

Con esta fórmula se respeta el derecho de propiedad, se traen a la vida de la actividad agrícola nuevos elementos de riqueza y se redimen del cautiverio de la miseria cientos de familias.

¿Sería pedir demasiado si proponemos que para excusar toda resistencia a la entrega de los *latifundios* a los cooperadores, el Estado sirviera como de fiador respondiendo del pago y recibiendo como garantía los terrenos cedidos y las mejoras que en ellos se realicen?

Formando en Andalucía un pequeño plantel de cooperadores convencidos y activos, el espíritu de asociación haría verdaderos milagros, porque la tierra y el sol, como elementos de producción, no se ofrecen en mejores condiciones en ninguna otra región del mundo; y en cuanto a los habitantes, si bien hay que reconocer que predomina el carácter vivo y voluble, en cambio, tienen una nobleza de alma que no hay idea generosa a la que no abran su corazón para darle el calor de sus entusiasmos.

La cultura y la educación remediarian ciertos defectos de carácter.

Los gastos de cultivo no están en la agricultura andaluza en correspondencia con

los rendimientos, porque se desconoce el verdadero valor de los abonos y de la selección de semillas, y en cuanto a labores son muy contados los propietarios que tienen el ganado que precisan para labrar las tierras como debe hacerse en buenas reglas de agronomía.

Cuando se comparan los esfuerzos que otras naciones realizan para alcanzar su regeneración agrícola con el quietismo musulmán de nuestro pueblo, se entristece el ánimo, porque no ve tan cerca como los anhelos del patriotismo lo desean el día fausto en que España entre de veras por los caminos que la Europa moderna tiene trazados al desarrollo de nuestra principal fuente de producción nacional.

RIVAS MORENO.

Tomen nota los sectarios fanáticos de por acá

En la protestante Alemania los derechos de los católicos se ven perfectamente garantizados y defendidos, más aún, son tratados con verdadera benevolencia, equiparados a los que profesan la religión oficial.

(En España cuya religión oficial es la católica, se trata a los católicos como todos sabemos).

En la protestante Alemania, el presupuesto de Instrucción Pública se ha separado para que católicos y protestantes sufraguen solo sus escuelas propias.

(Aquí con el dinero de los católicos se sostienen y propagan todos los Centros y ecabruptos sectarios).

Sigue Alemania dándonos ejemplo de buen gobierno.

Allí en las principales Universidades existe facultad de Teología católica, no se conocen las escuelas neutras ni las laicas; en su ejército existen capellanes castrenses, para los católicos como para los protestantes, etc., etc.

Por estos acertados modos de entender la libertad, la odian y llaman bárbara (?) cuantos no quieren otros procedimientos que los de la injusticia y el atropello.

¡Qué bien los retrató el que de ellos dijo:

«Y muera el que no piense igual que pienso yo!»

DIMES Y DIRETES

—A propósito; ¿de qué te vas a disfrazar en estos carnavales?

—De nada. Cansé ya de servir de mono a la gente.

—¡Hombre!... Se divierte uno muchísimo...

—Parece eso, pero no es verdad. A fin de jornada está uno matado en el cuerpo y en el bolsillo, si no vamos a dar en la cárcel por *demasiado* *graciosos* como el año pasado. ¿Te acuerdas?

—Sí, pero *aquello* no fué efecto de la *gracia*, fué efecto del alcohol.

—Nada, chico, que me ha entrado el buen sentido y juzgo que todas esas cosas son buenas para locos y chiquillos, mas no para personas formales como nosotros.

—¿Quieres que formemos una comparsa decentita y artística?...

—¡Decencia!... ¡Arte! y ¡Carnaval!!!... No hacen buena junta.

—¿Por qué?
—Porque el desenfreno del carnaval no entiende de decencia ni de arte. Sí, sí, bueno es el diablo para avenirse con tales exquisiteces!...

—¿Entonces qué es lo que vamos a hacer?

—Dedicarnos a ver y a compadecer a tanto *memo* como gratuitamente se empeñará en hacernos reír y en cansarnos con el eterno «¿me conoces?»

—Pues mira, entre dar *cargas* y sufrirlas prefiero darlas.

—Pues dadas, pero no se te olvide una cosa.

—¿Cuál?

—El ridículo papel que vas desempeñando, envuelto en trapos como un arlequín.

—No me convences.

—Entonces que te diviertas, sin averías, que lo dificulto.

—No me digas y no me digas. Todas esas gentes que se creen que van disfrazadas es cuando precisamente más al descubierto se nos presentan. Aprovechan las libertades del carnaval para arrojar la careta del disimulo que llevan en el resto del año y poner la más conforme con sus gustos e inclinaciones...

Allá va don Severo, señor de costumbres morigeradas, al paracer, pero que en estos días goza como gavilán entre palomas, disfrazado de «viejo verde».

En los bailes de la noche en el Teatro Circo, no pierde ocasión de

desquitarse de su «tiesura de carácter» en tiempo que no es carnaval.

—¿Conoces a aquella?
—Parece una mariposa por lo que revolotea y ¡cómo charial y ¡lo que dice!... Debe ser cualquier cosa.

—No te diré su nombre, pero sí que cuando no lleva ese traje de «locura» todos la tienen por una joven callada y modestita, como si no hubiera en su vida roto un plato. Se que a escondidas lee el «¡Ahí val!» y otras publicaciones por el estilo. Hoy da rienda suelta a sus sentimientos.

—¡Caramba, caramba! No hay de quien fiar.

—¿Quién será ese disfrazado de «gran señor», que lleva tras de sí tantos criados con librea?

—Antón el socialista. Va diciéndonos lo que envidia *ocultamente* durante el año.

—¡Ave María Purísima, qué adefesio se nos viene encima! Apártate que mancha.

—No es hoy cuando más debemos apartarnos de él sino en el resto del año cuando se empeña en entretenernos con su *amena* conversación «crónica escandalosa».

—Ya se quién es; Felipe, en cuya boca no hay nadie de conducta limpia:

—El mismo.

—¿Qué pregona aquél sobre un carro?

—Oigamos.

«Señoges, yo ser un expecificista de venenos para matar lo vivo, y vendeglos bagatos al alcance de cualquier fogtuna y con el pegmiso de las autoridades. Yo vendeg estos venenos mu activos lo mismo paga hombres, que señogas, que niños, que militages, sin gladuación que deseen liquidal cuentas con la vida. Estos venenos pueden tomaglos sin reselo, son agladables a la vista, sablosos al pagladar; los efectos solo se notan muy adentro y lentamente. Casi es una golosina»...

—¿No le conoces?

—¡No!

—Es el librero de la calle de X. El del escaparate escandaloso.

—¡Comprendido! Hoy habla a sus clientes con más franqueza.

—¡Ya lo ves!

—No quiero ver más.

**

—¿Vienes?

—¿A ver las máscaras?

—A los Ejercicios del Apostolado de la Oración.

—¡Hoy...?

—Sí, hoy y mañana y pasado, para desagraviar a Cristo de las ofensas que en estos días, más que en otros, se cometen contra El.

—Tienes razón. En las ocasiones se conocen los amigos, y ésta es excelente para demostrar nuestro amor al mejor Amigo y pedirle nos libre de tantas desgracias como nos afligen.

BANCO DE CASTILLA
SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857
Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acabal, Rato y Comp.^a

FUNDACION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc.

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1

VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJON

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodriguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

Correspondencia administrativa

Sr. D. A. C.—Fresnedo.—Pagó a fin Febrero 1916.

Sr. D. B. V.—Bisjuecos.—Pagó a fin 1915.

Sr. D. M. P. A.—Madrid.—Pagó 1915 a 60 números cada decena.

Sr. Pte. C. de S. V.—Ledesma.—Pagó a fin Junio 1915.

Exema. Sra. C. V. de B.—Madrid.—Id. id.

Sra. D.^a P. F. de C.—Borja.—Pagó 1915.

Sr. Dr. del C. de S. A.—Madrid.—Pagó a fin Enero 1915.

Sra. Pta. de las P.—Infiesto.—Pagó a fin Enero 1916.

Agradecemos a D. M. M. de Gijón y doña M. E. de Oviedo los números pedidos que nos han enviado.

EL LIBRO MAS UTIL DE TODOS
es el

RECETARIO DOMÉSTICO

del Ing. Ghersi y el Dr. Castoldi

En las 5 667 recetas que contiene se encuentra solución para todos los problemas de la casa.

Un volumen de 1 014 páginas, Ptas. 12.

GUSTAVO GILL, editor, Barcelona.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón